

Dependencia, Tecnología e Independencia

(Dependency, Technology and Independence)

Lobato Galindo, Manuel; San Sebastián Larzabal, Laida
Ondarreta pasealekua, 7 behe-solairua. 20018 Donostia

BIBLID [1577-8533 (2006), 7; 129-132]

Recep.: 04.05.05
Acep.: 13.12.05

La concepción de la mal llamada dependencia desde el paradigma del modelo médico tiene consecuencias negativas para el desarrollo del sector tecnológico asociado. Por el contrario, la perspectiva del modelo social potencia el desarrollo tecnológico. Este artículo pretende llamar la atención sobre los principios filosóficos subyacentes y su relación con la tecnología.

Palabras Clave: Vida Independiente. Ayudas Técnicas. Dependencia. Discapacidad. Tecnología de la Rehabilitación.

Medikuen ereduaren paradigmatik gaizki deituriko mendekotasunaren ikusmoldeak ondorio negatiboak ditu loturiko sektore teknologikoaren garapenerako. Aitzitik, eredu sozialaren ikuspegiak indartu egiten du garapen teknologikoa. Azpiko printzipio filosofikoez eta teknologiarekin duten harremanaz ohartaraztea da artikulu honen asmoa.

Giltza-Hitzak: Bizitza independentea. Laguntza teknikoak. Dependentzia. Helbarritasuna. Erreabilitazio teknologiak.

La conception de la mal nommée dépendance depuis le paradigme du modèle médical a des conséquences négatives pour le développement du secteur technologique associé. Au contraire, la perspective du modèle social favorise le développement technologique. Cet article cherche à attirer l'attention sur les principes philosophiques sous-jacents et leur relation avec la technologie.

Mots Clés: Vie Indépendance. Aides Techniques. Dépendance. Incapacité. Technologie de la Réhabilitation.

Las tendencias demográficas producidas por determinadas conductas sociales y los avances en tecnología sanitaria aplicada al diagnóstico y al tratamiento, son las causas principales del aumento significativo de lo que, de forma errónea, se conoce como personas “dependientes”. Hoy se consigue que muchas personas sobrevivan ante ciertas circunstancias o que los humanos seamos mucho más longevos (al menos en sociedades tecnológicamente avanzadas). La tecnología incluso ha modificado extraordinariamente, y en algunos casos de forma peligrosa, la idea del hecho más íntimamente relacionado con la vida, que es la muerte.

Esta comunicación tiene como objetivo intentar explicar, aunque sea de forma sucinta, las consecuencias negativas que puede tener para la sociedad y su economía el partir de una concepción errónea a la hora de abordar un problema social de tan hondo calado como es el de la dependencia.

Primero la técnica y, posteriormente, la tecnología, expresan por su propia existencia la idea de la inicial dependencia de los seres humanos de factores biológicos inherentes (dependencia que aún existe en las múltiples sociedades no tecnológicas actuales). La biología humana impone acotaciones físicas, sensoriales y cognitivas que son incompatibles con la realización de ciertas acciones porque, de forma natural, impone limitaciones a la velocidad, potencia muscular o percepción, por poner unos elementos. Los humanos, y posiblemente los primeros homínidos, fueron y somos conscientes de que haciendo uso de nuestras herramientas biológicas naturales no somos capaces de alcanzar velocidades altas, que tenemos unas grandes restricciones biomecánicas para elevar grandes pesos, que nuestros principales órganos sensoriales se encuentran biofísicamente acotados, en muchos casos, por límites mucho más restringidos que los de algunos animales, y que nuestro sistema neurocognitivo es insuficiente, y en algunos casos bastante ineficaz, para interpretar y comprender la realidad. Esta dependencia de los factores biológicos no se ha interpretado como algo trágico, que genera sentimientos de compasión que inducen a conductas de cuidado y protección. En ningún momento se ha considerado esta dependencia como una desviación negativa de la condición humana. Por el contrario, los seres humanos, partiendo de nuestras limitaciones, hemos construido un conocimiento que, en su vertiente práctica, ha generado una serie de dispositivos que han ayudado a superar esta dependencia. Este conocimiento habría de ser considerado, así mismo, como patrimonio de la humanidad, ya que es algo que la caracteriza como tal. Es más, todos los espacios no naturales construidos por los humanos han sido diseñados para contrarrestar su “discapacidad” innata.

La aparición de técnicas primitivas utilizadas eficientemente (allá por el neolítico superior) y, posteriormente, la tecnología después de la Revolución Industrial, facilitaron la división del trabajo, lo que produjo una dependencia social (ya no individual) de la actividad de “otros”. Esta dependencia social se ha prolongado hasta nuestros días y está perfectamente integrada en nuestra cultura y es, además, la base de la economía moderna. Tampoco esta dependencia social tiene connotaciones peyorativas y está investida de auténtica normalidad.

¿Esta “normalidad” del hecho de la dependencia también está presente en el caso de las personas con discapacidad o mayores?. Evidentemente, no.

En la cultura occidental, las personas mayores y/o con discapacidad, que no pueden realizar por sí mismas las actividades más elementales, son valoradas en términos de desviación con respecto a una media estadística que, no por ello, deja de ser una ficción matemática de pura naturaleza instrumental. El modelo (cultural) que así se aplica se conoce con el nombre de “modelo médico”, en el sentido que interpreta estas situaciones como situaciones que hay que “evitar” mediante la curación. De esta manera, la “dependencia” pierde esa característica de hecho inherente a la naturaleza humana y pasa a ser considerada como un hecho negativo, “curable”, estigmatizante, que provoca una fuerte discriminación social que niega derechos civiles, en muchos casos legalmente reconocidos, pero no refrendados socialmente. No es este el momento para dar una explicación a este paradigma, pero a este modelo se opone otro que considera estas situaciones humanas como una construcción social fuertemente incrustada en nuestra cultura. El paradigma opuesto se conoce como el “modelo social”, que reconoce la responsabilidad que la sociedad tiene en cómo esta ve, interpreta y categoriza a la parte de la humanidad que envejece o que, por cualquiera circunstancia, es considerada como discapacitada. Las sociedades tecnológicas son bastante asimétricas a la hora de asumir un paradigma u otro o, al menos, en qué proporción los incorporan.

Ahora, la pregunta que nos interesa es: ¿qué papel se le asigna a la tecnología en cada uno de los paradigmas aludidos?. Seguidamente, ¿cómo afecta esto al propio conocimiento tecnológico y a la economía?

Teóricamente, la tecnología debería jugar un papel importante para superar las situaciones que viven los mal llamados “dependientes”, debería jugar el mismo papel que en el caso del “hombre biológico” de nuestro pasado. En la práctica esto no es así y depende del paradigma asumido.

En el modelo médico, al individuo “patologizado” se le niega, por extensión, capacidad de decisión, de liderazgo de su vida y la sociedad reacciona con políticas de cuidado y protección que promueven la institucionalización y la denegación de derechos civiles y de ciudadanía. La tecnología en este caso tiene carácter paliativo de necesidades muy básicas y estigmatizante para indicar que sus usuarios se apartan de la normalidad. La sociedad asume sus costes con cicatería, considerando que es una especie de lujo (gasto) que está por encima del uso (inversión) que va a hacer de ella su potencial usuario. Los sistemas de provisión de ayudas técnicas, entendidos como aquellos que cubren el ciclo total del producto desde la detección de la necesidad a cubrir, el desarrollo, la fabricación, la comercialización, la financiación, la prescripción, la instalación y la formación en su uso, son sencillos y poco desarrollados. Como consecuencia, el conocimiento tecnológico aplicado a este sector de la población es pequeño y disperso, el sector de fabricación es casi inexistente y la economía asociada es escasa en valor

añadido. El sistema es dependiente de mercados exteriores por lo que se renuncia a los beneficios económicos asociados. Por otro lado, el gran objetivo es reducir la inversión social en tecnología tanto como sea posible, manteniéndola en mínimos que aseguren una imagen social de modernidad.

En el modelo social, la condición humana no se confunde con la capacidad de realizar actividades por sí mismo, es decir, la autonomía no se confunde con la independencia. A la persona, independientemente de su nivel de autonomía, se le supone capacidad de decisión y de liderazgo. Se reconoce que con la tecnología apropiada las personas pueden desplegar creatividad, motivación y participación social, es decir, que destaca la condición humana por encima de las situaciones particulares de dependencia. Las personas “dependientes” son consideradas simplemente como diferentes sin hacer juicios de valor sobre su humanidad o ciudadanía. Bajo este modelo, la tecnología no es vista como un gasto sino como una inversión social, algo justo porque el conocimiento tecnológico también les pertenece. Los sistemas de provisión de ayudas técnicas son valorados positivos por la sociedad, son complejos y sofisticados. La actividad tecnológica es intensa y organizada para que cumpla de forma eficaz y eficiente con sus fines. La inversión económica es alta, la actividad investigadora e innovadora es elevada y se persigue un retorno económico elevado.

En la Europa actual, asimétrica en este sector que nos preocupa, muestra flujos de tecnología que van desde zonas con una mayor implantación del modelo social a zonas con un predominio del modelo médico. Simultáneamente, se observan flujos de naturaleza económica en sentido contrario. Los mercados asociados a la tecnología para personas mayores y/o con discapacidad, así como los desarrollos tecnológicos basados en el diseño universal, muestran fuertes contrastes dependiendo del modelo predominante. Cuanto más implantado está el modelo social más elevado es el nivel de conocimientos y la producción de tecnología.

Por último, cabría hacerse una pregunta: ¿en qué situación nos encontramos nosotros?. Reflexionen y respóndanse a ustedes mismos.